



ENTRE LA SALUD PÚBLICA Y LA SALVAGUARDA DEL REINO. LAS FIEBRES MISTERIOSAS DE 1813 Y LA GUERRA DE INDEPENDENCIA EN LA INTENDENCIA DE MÉXICO*

María del Carmen Sánchez Uriarte

Es sabido que los jinetes del Apocalipsis no cabalgan en solitario. Cuando el de la guerra decidió hacerlo por territorio novohispano trajo consigo la enfermedad. Al poco tiempo de haberse iniciado el conflicto bélico que llevó a la Nueva España a su independencia, una epidemia denominada por sus contemporáneos como “fiebres misteriosas del año 1813” asoló a sus habitantes.

Si bien en la Nueva España las epidemias formaban ciclos casi interminables, las fiebres misteriosas aparecieron en medio de una situación de por sí brutal, además de desconocida para sus habitantes. La guerra fue el factor distintivo al de otros escenarios de emergencia de salud pública del pasado y tuvo graves implicaciones sobre la epidemia ya que, a la par de ser ocasión de su aparición y propagación, influyó de manera determinante en las medidas tomadas por el gobierno virreinal para hacerle frente. La lucha contra los insurgentes distrajo la competencia y los recursos económicos que las autoridades, y también los particulares, proporcionaban durante aquellas calamidades. “Las batallas alteraron el orden social vigente y el gobierno centró su atención en restablecer el orden civil”.¹ Aun así hubo voluntad por parte de los funcionarios locales y virreinales para atender las necesidades de los enfermos.² En esos momentos el dilema del gobierno novohispano estuvo entre la salud pública y la salvaguarda del reino.

* Publicado originalmente en América Molina del Villar, Lourdes Márquez Morfín, Claudia Patricia Pardo Hernández (eds.), *El miedo a morir. Epidemias, endemias y pandemias en México: análisis de larga duración*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Instituto Dr. José María Luis Mora / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla / Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2013, pp. 51-74.

¹ Ortiz, “Insurgencia”, p. 97.

² Rodríguez Pérez, “Acciones”, p. 351.

Asimismo, aquellas fiebres incidieron de modo decisivo en el derrotero de la guerra y tuvieron considerables repercusiones en los acontecimientos políticos y militares. Aparte de incrementar la mortalidad y la movilización de la población, ocasionadas ya por la guerra, la epidemia también desvió los recursos virreinales y locales disponibles para enfrentar a los insurrectos y dificultó todo tipo de labores (particularmente el trabajo agrícola) y el abastecimiento y distribución de productos, así como el suministro de pertrechos de guerra y el reclutamiento de soldados para ambos bandos.

La intención de este trabajo es mostrar la interacción de dos situaciones de desastre que se presentaron juntas y señalar que las implicaciones de las fiebres misteriosas de 1813 son elemento fundamental para entender el rumbo que tomó la guerra durante aquel año e incluso después. La epidemia multiplicó los efectos devastadores de los enfrentamientos entre insurgentes y realistas y agravó las terribles condiciones que ya vivía la población novohispana. Si 1813 fue aciago por los problemas que en todos los ámbitos supuso la guerra, lo fue todavía más por el problema de salud pública. Fue una etapa crítica que significó la mayor crisis de mortalidad de la primera mitad del siglo XIX.³

Cabe agregar que las principales fuentes para este escrito son informes enviados por el general Félix María Calleja al virrey Francisco Javier Venegas, durante 1812, al respecto de la lucha contra los insurgentes. Igualmente, cartas dirigidas a Calleja, ya a la cabeza del virreinato, y al intendente de México, Ramón Gutiérrez del Mazo, sobre la epidemia en 1813. Estas misivas les fueron enviadas por distintas autoridades, ayuntamientos, subdelegados y párrocos, desde diversas poblaciones de la Intendencia de México. Estos documentos de carácter oficial revelan lo dramático de la situación.

³ Cooper, *Las epidemias*, p.220.

Algunos son verdaderos gritos de auxilio de los funcionarios locales al gobierno virreinal en busca de recursos y socorros para los habitantes de sus comunidades.

Epidemias en Nueva España

Todo tipo de factores inciden en la salud de una población: biológicos, sociales, médicos, económicos, políticos y ecológicos. Cuando un problema de salud pública se presenta pone de manifiesto la capacidad o incapacidad –aunque también el afán e interés– de las autoridades políticas, administrativas y médicas para enfrentarlo y la población civil despliega los medios a su alcance para el mismo fin.

A pesar de la construcción de hospitales, de la regulación de la práctica médica por parte del Real Tribunal del Protomedicato⁴ y de su asesoramiento durante situaciones epidémicas, así como de las leyes de salud contenidas en bandos, edictos y reglamentos, al gobierno novohispano no le fue posible contrarrestar las repercusiones de aquellas frecuentes desgracias. En Nueva España los efectos derivados de las epidemias eran siempre demasiado graves, duraderos y costosos como para que las administraciones locales, provinciales o virreinales pudieran controlarlos eficazmente.⁵ Sus consecuencias sobre la población eran diversas pero siempre nefastas⁶ pues, por lo general, rebasaban los recursos materiales de los pueblos, las ciudades y el reino. Además, no se disponía de un presupuesto para combatir las y no existía una autoridad dedicada exclusivamente a procurar la salud pública. La competencia en esta materia le correspondía a los ayuntamientos, quienes debían encargarse del aseo, del servicio de

⁴ Este tribunal era el encargado de reglamentar, regular y vigilar la práctica y la enseñanza de la medicina en Nueva España. También se ocupaba de diagnosticar y remitir enfermos a los diversos hospitales capitalinos, así como de proponer medidas y de aconsejar al virrey y a las autoridades civiles en caso de epidemia. Ver Tate Lanning, *El Real Protomedicato*.

⁵ Cooper, *Las epidemias*, p.14.

⁶ Malvido, “Efectos”, p.193.

agua, de la basura y, en caso de enfermedades colectivas, de la atención a los enfermos y de la construcción de lazaretos para aislar a los contagiados.

Al momento de un brote epidémico todos los sectores de la sociedad se volcaban a combatirlo: obispos, ayuntamientos, tribunales, cofradías, órdenes religiosas, etcétera. Pero era la autoridad virreinal, y no las autoridades médicas,⁷ la que podía tomar medidas efectivas cuando la gravedad de la enfermedad o el alto costo de la misma estaban fuera de las posibilidades de los funcionarios menores.⁸ Entonces, el virrey “convocaba a individuos y corporaciones para que apoyaran económicamente en las medidas contra la epidemia”⁹ exaltando la piedad y caridad cristianas en nombre del bienestar público. Por su parte, la Iglesia y sus diversas instancias jugaron un papel fundamental en la lucha contra estas y otras desgracias. Su influencia fue determinante en los campos de la salud y de la medicina, tanto en lo práctico como en lo espiritual,¹⁰ ya que al momento de una enfermedad colectiva se multiplicaban las peticiones de misericordia, las plegarias y el arrepentimiento por los pecados.

Es importante añadir que a pesar de la deficiente organización novohispana en materia de salud pública, no existían los avances técnicos y científicos para enfrentar las epidemias. “Todavía para principios del siglo XIX se desconocían, a nivel mundial, las formas clínicas de las enfermedades más recurrentes –casi todas transmisibles– sus causas y la manera de prevenirlas”.¹¹

Durante las emergencias de salud pública que azotaron a la población novohispana durante los siglos XVII y XVIII, los virreyes promovieron campañas sanitarias y curativas para combatirlas mediante el establecimiento de hospitales improvisados y juntas municipales y de la reproducción de manuales y remedios

⁷ Molina del Villar, *Por voluntad divina*, p.62.

⁸ Cooper, *Las epidemias*, p.116.

⁹ Rodríguez de Romo, “Inoculación”, p.357.

¹⁰ Cooper, *Las epidemias*, p.59.

¹¹ Bustamante, “La situación”, p.428.

científicos.¹² También ordenaron cuarentenas, fumigaciones, revisiones en garitas, aislamiento de las poblaciones contagiadas y la acción de facultativos –si es que los había– si no, la de párrocos. “Las autoridades locales estaban obligadas a aplicar las medidas que el gobierno les recomendara”.¹³ Sin embargo, fue difícil poner en práctica aquellas medidas pues –como ya se mencionó– la constante que impedía dispersar los trabajos y esfuerzos era la limitante económica. Con frecuencia el virrey o el gobernador ponían en marcha disposiciones que no demandaran los fondos del erario.¹⁴ Por ejemplo, durante la epidemia de viruela de 1797, el virrey Marqués de Branciforte insistió que “no se tocarían los fondos reales ni públicos; empero se requirió insistentemente la aportación financiera de los particulares”.¹⁵ En Nueva España el manejo de las epidemias dependía de muchos factores: “el tipo de enfermedad y las nociones que se tuvieran de ella, las condiciones climáticas, el abasto de alimentos y agua, la disponibilidad de camas, médicos y medicinas, pero, sobre todo, del dinero que hubiera en las arcas”.¹⁶

Los pobladores rurales, indígenas en su mayoría, fueron presa fácil de las enfermedades y, además, sus consecuencias se acentuaban en ellos. En caso de una epidemia, casi el único alivio económico con que podían contar eran los fondos de sus cajas de comunidad, ya que la mayor parte de las corporaciones y particulares ricos que podían dar auxilios caritativos se encontraban en las ciudades o en la capital del virreinato. Aquellos fondos se sustentaban en el trabajo y bienes comunales¹⁷ y su principal objetivo era cubrir los gastos del culto religioso, aunque también “el descanso

¹² Molina del Villar, *Por voluntad divina*, p.62.

¹³ Márquez Morfín, *La desigualdad*, p.117.

¹⁴ Tate Lanning, *El Real Protomedicato*, p.524.

¹⁵ Cooper, *Las epidemias*, p.148.

¹⁶ Lugo, “Enfermedad”, p.565.

¹⁷ Gibson, *Los aztecas*, p.134.

y alivio de los indígenas”,¹⁸ es decir, la atención a las necesidades generadas en caso de escasez o epidemia. El registro del dinero de aquellas cajas era responsabilidad de los corregidores o alcaldes locales y su administración tarea de la Contaduría de Propios y Arbitrios. Los pueblos sólo podían echar mano de su dinero previa solicitud y siguiente autorización del gobierno virreinal. No obstante, este permiso dependía del estado de los fondos públicos, puesto que el dinero de las comunidades entraba a las arcas del erario y se confundía con él: “Todos los fondos de los Ramos Propios, Particulares y Ajenos de la Hacienda Pública se distinguen únicamente por sus cuentas, pero ninguno tiene particular arca, en que sus caudales se conserven con separación. Por eso los sobrantes de bienes de comunidad [...] no existen materialmente”.¹⁹

Así, el monto del dinero comunal no dependía enteramente del uso que le daba cada pueblo, sino del uso que de los fondos públicos hacían las autoridades. Cuando el virrey autorizaba a los funcionarios locales acceder al dinero de sus cajas “con frecuencia llegaba después de que la epidemia había barrido abrumadoramente todas sus comunidades”.²⁰

Una de las calamidades que, junto a la viruela y el hambre, azotó a la población en forma cíclica y epidémica durante la época virreinal y el siglo XIX fue el tifo, también llamado tabardillo o matlazáhuatl. Este padecimiento es una fiebre eruptiva de alto grado de contagio cuyos reservorios y agentes de propagación son la pulga, el piojo y la rata. Se caracteriza por la aparición de erupciones en la piel o exantemas, fiebre, dolores de cabeza y musculares, escalofríos, catarro y debilitamiento profundo; sus síntomas nerviosos son agitación, delirio y aturdimiento. La muerte, término ordinario en casos graves, suele ocurrir entre la segunda y tercera semana después del contagio. Además,

¹⁸ Tanck, “Escuelas”, p.403.

¹⁹ “José Montes a Calleja, 12 de agosto de 1813”, en Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Epidemias*, t.8, ff.10-11.

²⁰ Tate Lanning, *El Real Protomedicato*, p.526.

esta enfermedad se asocia a aspectos insalubres y a la falta de hábitos higiénicos, pues aparece entre la suciedad, el desaseo y la aglomeración de personas.

El tifo fue una enfermedad endémica de Nueva España que tuvo terribles botes epidémicos en 1576, 1595 y 1694. En el siglo XVIII se presentó en 1714, 1736 y en 1761. La siguiente epidemia de tifo que asoló a la población novohispana ocurrió en 1813. Durante gran parte de aquel año muchas regiones, particularmente de la Intendencia de México, sufrieron una epidemia de “fiebres pestilentes” cuyos síntomas fueron descritos por el cura de San Mateo, Huichapan así: “flujo de sangre, calentura en la cabeza y retortijón de tripas, tan fuerte que parecían [los enfermos] perros rabiosos que apenas duran dos o tres días”.²¹

Por su parte, el Protomedicato describió la enfermedad de la siguiente manera:

Es sin duda por su extensión epidémica, y por su carácter sinocal, acompañada de accidentes que manifiestan más o menos disposición inflamatoria con respecto a las personas que ataca sin dispensar edad ni sexo. Los regulares síntomas con que comienzan los pacientes son el calosfrío, dolor gravitativo de cabeza, espalda, y piernas, lasitud para el ejercicio de las acciones, amargura en la lengua, muchas veces bascas, y aun vómitos biliosos, amarillos, estreñimiento de vientre, y fastidio a la comida.²²

Los facultativos no acertaban en cuanto al diagnóstico de aquel padecimiento ni en cuanto a sus causas por la variedad de síntomas que presentaba. Esta diversidad parece indicar que aquella epidemia tuvo el efecto combinado de varias enfermedades y es posible que entre ellas estuviera la fiebre amarilla, pues algunos contemporáneos así lo afirmaron, aunque lo más probable es que el flagelo principal haya sido el tifo. Los

²¹ “De José Teodoro a Gutiérrez del Mazo, 10 de octubre 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.365, f.35.

²² “Del Protomedicato a Calleja, 12 de junio de 1813”, en AGN, *Epidemias*, t.9, exp.8, ff.115-142.

médicos de la época, no resolviéndose a darle un diagnóstico específico, la llamaron “las fiebres misteriosas del año 1813”.²³

Hay que tener en cuenta que las enfermedades que padeció la población novohispana no son fáciles de identificar por las variantes con las que se pudieron presentar. Actualmente, por ejemplo, se piensa que en algunas ocasiones la enfermedad denominada matlazáhuatl fue peste.²⁴ Asimismo, las condiciones que facilitaban la propagación de un padecimiento generalmente fomentaban otros y muy rara vez hubo una epidemia de uno solo.²⁵ El tifo, la tifoidea, la disentería, la parasitosis y la neumonía, aunadas al hambre y a las malas condiciones de vida, creaban el ambiente favorable para el desarrollo de viruela, sarampión, tosferina, influenza y fiebre escarlatina.²⁶

Es importante agregar que los años anteriores a las fiebres misteriosas no fueron nada buenos para la economía novohispana. Los crecientes gastos de la corona española para sostener sus guerras en Europa significaron para Nueva España nuevos impuestos y aumentos en los ya existentes. Los caudales comunales tampoco se libraron de hacer donativos a la metrópoli. La mala situación peninsular afectó profundamente la economía novohispana.²⁷ Al mismo tiempo, la población sufrió entre 1785 y 1786 escasez y falta de alimentos²⁸ a causa de las crisis agrícolas de esos años y, posteriormente, de las crisis de 1801 y 1802.²⁹ Encima, entre 1808 y 1810, una terrible sequía abatió los sembradíos de muchas jurisdicciones de la Intendencia de México.³⁰

²³ Cooper, *Las epidemias*, p.197.

²⁴ Molina del Villar, “Remedios”, p.183.

²⁵ Crosby, *El intercambio*, p.48.

²⁶ Lugo y Malvido, “Las epidemias”, pp.320-321.

²⁷ Rodríguez, *El proceso*, pp.10-15.

²⁸ Molina del Villar, “Remedios”, p.179.

²⁹ Florescano, *Precios del maíz*, p.116.

³⁰ Hamnett, *Raíces*, p.143.

La Guerra de Independencia entre 1812 y 1814

La insurrección de 1810 nació como una revuelta desorganizada y violenta cuyos únicos fines parecían el saqueo y las venganzas personales. A pesar de ello, este levantamiento tomó gran fuerza y se extendió por casi todo el territorio novohispano en un año. En un primer momento el movimiento del cura Miguel Hidalgo gozó de gran popularidad pues, a excepción de la mayor parte de los peninsulares y de algunos criollos ricos, los demás grupos sociales se vincularon de alguna forma a esa rebelión. Pero las matanzas de europeos y los saqueos a propiedades públicas y privadas terminaron con aquella simpatía. Fue entonces cuando el general Félix María Calleja organizó la contrainsurgencia ordenando a los pueblos militarmente bajo milicias locales y compañías de patriotas. De esa manera, Calleja y el virrey Venegas delegaron en las autoridades locales y en los propios pobladores la responsabilidad de defender y pacificar sus territorios. Este sistema, en un principio difícil de establecer y deficiente en su desempeño, logró ser muy efectivo en la lucha contra los insurrectos y en el abastecimiento de víveres y reclutas para la causa realista, también garantizó la continuidad del régimen virreinal.³¹ “Las milicias se volverían el enemigo más implacable de los insurgentes”.³²

Con la formación de dichas fuerzas, las elites locales recuperaron su poder al fusionarse con el mando civil y militar de los pueblos. Esto generó una relativa autonomía de las provincias rurales, pero debilitó la relación entre éstas y las autoridades virreinales. Este debilitamiento repercutió de manera directa en las comunidades pues la influencia del gobierno se vio limitada y, así, quedaron abandonadas a su capacidad para enfrentar la guerra y cualquier otra calamidad que se les presentara.

³¹ Ortiz, *Guerra*, p.19.

³² Rodríguez, *El proceso*, p.40.

La violencia y la destrucción que caracterizaron a la primera etapa del movimiento insurgente fueron cediendo ante los esfuerzos de sus dirigentes por organizarlo militar y políticamente, en especial los de José María Morelos y los de Ignacio López Rayón. Después de la muerte de Hidalgo, el cura de Valladolid levantó una fuerte tropa en el sur, logró importantes triunfos y se convirtió en el líder de la insurgencia que operó entre 1812 y 1814. Durante esos años los insurrectos tomaron gran fuerza y los realistas se encontraban repartidos en pequeñas divisiones por todo el territorio sin lograr someter a los primeros. Hacia fines de 1812, los insurgentes consolidaron su posición en el centro del país³³ y, para principios del año siguiente, la mayor parte del territorio rural de la Intendencia de México estaba en sus manos, a excepción de las ciudades y puntos principales que se encontraban bajo el control realista.³⁴

Calleja tomó posesión como virrey en marzo de 1813. El periodo en que este militar español estuvo a cargo del gobierno novohispano correspondió con los primeros descabros de la insurgencia. “La revolución encabezada por Morelos comenzó a desintegrarse hacia finales de 1813 y durante todo el año de 1814”.³⁵ Esta dispersión del movimiento insurgente alcanzó su mayor extensión al desaparecer la fuerza cohesiva de Morelos en 1815;³⁶ entonces aparecieron numerosos caudillos locales y regionales y la insurrección tomó la forma de guerra de guerrillas.

En un principio la rebelión de los pueblos, generalmente dirigidos por curas locales, estuvo motivada por cuestiones materiales y religiosas, pero también por las promesas de exención o reducción de tributos y de repartición de tierras de comunidad. Sin embargo, no todos los pueblos se unieron al movimiento insurgente. “Un pueblo,

³³ Rodríguez, *El proceso*, p.40.

³⁴ Alamán, *Historia*, pp.382-390.

³⁵ Hamnett, *Revolución*, p.86.

³⁶ Villoro, *El proceso*, p.107.

por ejemplo, tomaba las armas, mientras un pueblo vecino, que vivía bajo las mismas condiciones económicas, seguía siendo leal al régimen virreinal”.³⁷ Después de las primeras derrotas insurgentes, muchas comunidades rebeldes se sometieron a la autoridad para garantizar su seguridad.

Durante aquellos años, los habitantes rurales –ya fuera los del ayuntamiento, los propios vecinos o los del clero– vivieron presionados por las exigencias de la guerra y por las intimidaciones de ambos bandos.³⁸ Insurgentes y realistas representaban para ellos el mismo terror ya que les imponían contribuciones, les decomisaban víveres y caballos, reclutaban hombres para sus respectivas causas y, en el caso de los insurrectos, se refugiaban en sus comunidades. También amenazaban con incendiar los pueblos enemigos, con pasar a todos a cuchillo y, los realistas, con quitar el carácter de república a los pueblos indígenas. Las comunidades rurales se vieron entre dos fuegos y tuvieron que pactar y negociar con ellos para defender sus intereses.³⁹ Además, la guerra obligó a numerosos pueblos a organizarse y armarse para proteger sus territorios y familias pero, aun así, muchos estaban destruidos, divididos, abandonados o poblados sólo por mujeres.

El sitio de Cuautla

La epidemia de fiebres misteriosas que recorrió la mayoría de los pueblos de la Intendencia de México durante 1813 comenzó en el sitio de Cuautla. Este episodio fue uno de los más dramáticos de la guerra de independencia, pues fue muy difícil de romper y en él nadie ganó. “Las dos fuerzas estaban agotadas por los enfrentamientos y por el tifo que de allí se esparció por toda Nueva España”.⁴⁰

³⁷ Van Young, *La crisis*, p.13.

³⁸ Ortiz, *Guerra*, p.18.

³⁹ Ortiz, *Guerra*, p.111.

⁴⁰ Ortiz, *Guerra*, p.96.

La toma de Cuautla por parte de los insurgentes encabezados por Morelos inició los primeros días de febrero de 1812. Tomar esta ciudad era de suma importancia por su cercanía con la capital novohispana. Por su parte, las autoridades virreinales reconocían el peligro que significaba que los rebeldes ocuparan aquella población, ya que éstos se encontraban fuertemente establecidos en Izúcar, Taxco y en los pueblos de Totolapa, Buenavista, Juchi, Tlalmanalco y Chalco. Otras fuerzas insurgentes estaban en las inmediaciones de Monte Alto, Cuautitlán, Tlalnepantla, Azcapotzalco y Tacuba. De ese modo, la ciudad de México se encontraba rodeada y amenazada por gavillas enemigas que, además, le interrumpían e interceptaban la comunicación, el comercio y el suministro de provisiones. El plan realista para acabar con Morelos pretendía un ataque simultáneo y contundente en Cuautla e Izúcar para evitar la reunión de sus tropas en alguno de aquellos puntos.⁴¹

Los insurgentes adoptaron el sistema de sitio para proteger los pueblos o ciudades que tomaban para su causa. Este sistema consistía en fortificarse en una localidad importante o en un punto estratégico y allí resistir al enemigo.⁴² Así lo hicieron en Cuautla y Calleja, desde Otumba, lo informó al virrey: “Haré el uso que permitan las circunstancias, aprovechando todas las ventajas que pueda sacar sobre el enemigo, que casi no es dudable que está decidido a esperarse, respecto a que no da indicio de moverse, y a que se fortifica.”⁴³

En efecto, desde el momento en que Morelos entró a aquella ciudad dispuso su defensa: mandó fortalecerla, levantar trincheras y acumular la mayor cantidad de pertrechos, víveres y forrajes. También ordenó traer gente de las haciendas cercanas.

⁴¹ “Sin firma, México, 8 de febrero de 1812”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.196, ff.298-302.

⁴² Ortiz, *Guerra*, p.96.

⁴³ “De Calleja a Venegas, 15 de febrero de 1812”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.196, ff.324-325.

Por su parte, Venegas decidió desplegar todos los medios disponibles para lograr la derrota de aquellos rebeldes:

El Ejército del mando del Señor General Don Félix María Calleja, que se haya acampado a media legua de distancia de Cuautla, necesita precisamente todo género de provisiones, como son víveres, leña y aun caballos para remudar los que por efecto de las marchas y otros accidentes se inhabiliten. Es consiguiente que el señor intendente de aquel ejército haya prevenido a todas las justicias del territorio lo que corresponde para que contribuyan con los primeros auxilios.⁴⁴

El 17 de febrero, las tropas realistas acamparon en la Hacienda de Pasulco, muy cerca de Cuautla, en seguida rodearon la ciudad y dos días después atacaron a los atrincherados insurgentes. Morelos logró vencer este primer ataque, ya que contaba con casi cinco mil hombres dentro de la ciudad y con otros setecientos que los apoyaban desde fuera. Entonces Calleja, al recibir nuevos refuerzos, puso cerco a aquella población el 5 de marzo.⁴⁵ Al comenzar aquel asedio, su primera táctica fue cortar el agua a los sitiados:

Al amanecer de ayer quedó cortada el agua de Juchitengo que entraba en Cuautla, y terraplenada sesenta varas la zanja que la conducía [...]. El empeño del enemigo en procurarse el agua a toda costa, acredita hasta cierto punto que se le ha escaseado la que producían los pozos internos, y que privado de la que le entra podríamos en pocos días obligarle a salir, o a rendirse.⁴⁶

La falta de agua complicó las condiciones alimenticias e higiénicas de la población en Cuautla y creó el espacio idóneo para el desarrollo de enfermedades que encuentran su medio entre la suciedad y la aglomeración. En su informe al virrey sobre la situación del sitio, Calleja señaló que:

⁴⁴ “De Venegas a Ramón de Villalba, 21 de febrero de 1812”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.830, s. f.

⁴⁵ De la Torre, *La independencia*, p.96.

⁴⁶ “De Calleja a Venegas, 4 de abril de 1812”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.200, ff.323-325.

Siguen desertándose diariamente de Cuautla muchos indios y castas, que aunque los más están armados de fusil vienen sin ellos, por no permitir sino a los costeños que los saquen de las trincheras, todos convienen en que la guarnición se halla en suma estrechez y absoluta carencia de víveres, y que aun el maíz empieza a escaseárseles, que el número de los negros se ha disminuido considerablemente por lo que sufren en las salidas, que tienen muchos heridos, que hay mucha enfermedad, y que la hediondez del pueblo es insoportable.⁴⁷

Al parecer, fue a mediados de marzo cuando la enfermedad apareció entre los sitiados. En ese momento fue atribuida a la mala alimentación y al exceso de bebida puesto que, ante la falta de agua, la bebida común fue el aguardiente de caña. La iglesia y el convento de San Diego fueron improvisados como hospitales y se llenaron de enfermos, al igual que las casas. Y como no había tiempo ni espacio para enterrar a los muertos, éstos se hacinaban en los atrios de las iglesias y entre los escombros. A finales de abril el número de contagiados había llegado a más de ochocientos y la epidemia fue reconocida como de fiebres.⁴⁸ Las misivas realistas apuntaban que: “El cerco de Cuautla continúa, hallándose los encerrados en el mayor apuro de víveres y agua y con una epidemia que mueren de veinte a treinta diarios. Contemplo aquella guarida una reunión de semicadáveres, que acabaran con una consunción del tiempo y las privaciones, y está próximo aquel aniquilamiento”.⁴⁹

Las condiciones de la población sitiada se fueron agravando y la miseria se convirtió en desesperación pues, agotados los alimentos, “acudieron a echar mano de las más sucias sabandijas, arrancaban de las puertas de las tiendas los cueros viejos de toro,

⁴⁷ “De Calleja a Venegas, 4 de abril de 1812”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.200, ff.323-325.

⁴⁸ Márquez Morfín, *La desigualdad*, p.225.

⁴⁹ “De José de la Cruz a Venegas, 16 de abril de 1812”, en AGN, *Infidencias*, v.134, s. f.

con que se acostumbraba forrarlas”.⁵⁰ Ante esta crítica situación, a los realistas ya nada más les quedaba esperar a que aquel cerco fuera roto por los mismos insurgentes.

No obstante, también el ejército realista se encontraba en difíciles condiciones de salud. La mayoría de los soldados que componían sus tropas provenían de climas templados o fríos –muchos acababan de llegar de España– y, al parecer, el clima caliente les sentaba mal. Además, dichas tropas estaban afectadas por diversos padecimientos como disentería y escorbuto, males frecuentes entre los que hacían largos viajes por mar, así como por enfermedades venéreas. Calleja lo notificó al virrey: “el ejército padece actualmente muchas disenterías por la malignidad del clima, y porque ella es enfermedad endémica de los ejércitos”.⁵¹ La situación era complicada, pues también le informó que: “el campo queda casi indefenso con los residuos de los cuerpos, la enfermedad causa muchas bajas, el Batallón de Asturias está infestado de escorbuto, y si esto dura, el temperamento y la escasez causaran más estrago que la acción más sangrienta”.⁵² Al parecer, para finales de abril estaban enfermos 800 soldados realistas.⁵³

Los insurgentes realizaron actos heroicos para mantener su posición; resistieron asaltos, hambre, sed y considerables bajas, pero su estado se tornó insostenible. Sin alimentos ni agua y acosados por la enfermedad, decidieron romper el sitio la madrugada del 2 de mayo de 1812, a 58 días de su inicio.⁵⁴

El cura Morelos obligado de la espantosa escasez que lo redujo al término de comer insectos, cueros, y cuantas inmundicias se les presentaran, estrechado por un bloque extraordinariamente vigilante, por un fuego constante y bien dirigido, hostigado de las enfermedades que le arrebataron más de tres mil hombres, y perdida la esperanza de los socorros exteriores cuyos cuerpos en más de doce mil

⁵⁰ Hernández, “El sitio de Cuautla”, p.554.

⁵¹ “De Calleja a Venegas, 11 de abril de 1812”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.200, f.382.

⁵² “De Calleja a Venegas, 14 de abril de 1812”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.200, ff.403-404.

⁵³ Hernández, “El sitio de Cuautla”, p.555.

⁵⁴ De la Torre, *La independencia*, p.96.

hombres habían sido derrotados por este ejército en tres diferentes acciones, resolvió su retirada.⁵⁵

Es difícil saber el número de muertos que la enfermedad causó durante el sitio de Cuautla y quizá Calleja aumentó la cifra arriba citada. Aun así, se puede anotar que aquellas tres mil personas fueron las primeras víctimas de las fiebres misteriosas del año 1813.

Al entrar a la ciudad, los realistas encontraron cadáveres, gente macilenta, casas destruidas, iglesias y conventos llenos de enfermos, suciedad, inmundicia y desolación. Entonces, Calleja ordenó a sus tropas acampar fuera para evitar el contagio. Es indudable que el estado de insalubridad y de enfermedad del cerco a Cuautla fue la causa decisiva de su fin.

Se debe a Calleja y a su ejército la idea de que aquel terrible sitio fue el causante de la epidemia de fiebres misteriosas.⁵⁶ Alexander von Humboldt así lo narró: “una peste horrible que comenzó en el sitio de Cuautla y cundió por la provincia de Puebla, Veracruz, México, Guanajuato y Valladolid.”⁵⁷ Y, años después, Lucas Alamán también lo afirmó: “túvose por seguro que esta epidemia se originó en el sitio de Cuautla; que de allí se comunicó a Puebla, en donde hizo grande estrago y siguió a México, cundiendo luego en toda la tierra adentro”.⁵⁸ Así fue, aquellas fiebres se extendieron por casi todos los pueblos y ciudades de Nueva España, pero fue al año siguiente de aquel sitio cuando tomaron gran extensión y virulencia y cuando, al lado de la guerra, dejaron a su paso migración, escasez, abandono de las actividades económicas pero, sobre todo, desamparo, miedo y muerte.

⁵⁵ “De Calleja a Venegas, 4 de mayo de 1812”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.198, ff.171-174.

⁵⁶ Hernández, “El sitio de Cuautla”, p.556.

⁵⁷ Citado por Maldonado, *Ciudad de México*, p.33.

⁵⁸ Alamán, *Historia*, p.414.

Las fiebres misteriosas y la Guerra de Independencia

La situación bélica en que se encontraba Nueva España implicó importantes movilizaciones de población. Por una parte de los soldados insurgentes y realistas y, por otra, de los civiles que huían de las tropas y de los enfrentamientos militares. Por ejemplo, cuando Morelos llegó a Cuernavaca “ocasionó la emigración de una gran parte de aquel vecindario”.⁵⁹ Así, es fácil imaginar la manera en que las fiebres misteriosas se extendieron por el territorio novohispano. Al terminar el sitio de Cuautla muchos soldados de ambos bandos estaban ya contagiados o eran portadores de la enfermedad. En Toluca el subdelegado reconoció que la entrada de la tropa realista a su jurisdicción había causado la propagación de la epidemia, ya que varios soldados enfermos se habían incorporado a su cantón.⁶⁰ A la par de aquella situación de movilidad, otro hecho que incidió en la gravedad de la enfermedad fue el ya señalado problema agrario de los años precedentes.

Si bien aquellas fiebres iniciaron en 1812, fue al año siguiente cuando se extendieron rápidamente por las ciudades y pueblos novohispanos y cuando causaron mayor mortalidad. La ciudad de Puebla se contagió en enero de 1813, la enfermedad alcanzó su mayor fuerza en febrero y comenzó a ceder en mayo.⁶¹ Después, la epidemia se diseminó por los pueblos cercanos a la ciudad de México para luego entrar a ella, seguramente por los accesos de la parte oriental. Ahí comenzó a manifestarse a finales de marzo, pero su mayor virulencia fue durante septiembre.⁶² En abril Calleja dio orden para iniciar una investigación que comprobara la existencia de un problema epidémico en el virreinato, entonces declaró a las fiebres misteriosas como epidemia.

⁵⁹ “De Manuel de Mújica a Gutiérrez del Mazo, 24 de abril de 1812”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.361, ff.62-63.

⁶⁰ “De Fausto de Urrutia a Gutiérrez del Mazo, 25 de septiembre de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.362, ff.313-314.

⁶¹ Cuenya, “Epidemias”, p.107.

⁶² Márquez Morfín, *La desigualdad*, pp.219 y 226.

En la Intendencia de México, la enfermedad se generalizó a partir de enero, pero fue en los meses de primavera y verano cuando hizo los mayores daños. En septiembre, Gutiérrez del Mazo pidió a todos los subdelegados de su intendencia informes sobre la extensión y males causados por la epidemia. De estos documentos y de otros al respecto, así como de las peticiones para tomar los fondos comunales se desprende que la mayoría de los pueblos de las jurisdicciones de Cuautla-Amilpas, Tula, Tulancingo, Tacuba, Ixmiquilpan, Toluca, Mexicalcingo, Huichapan, Pachuca, Zumpango de la Laguna, Coyoacán, Cuautitlán, Mexitlán, Cuernavaca, Huejutla, Coatepec-Chalco, Texcoco y Teotihuacán padecieron las fiebres. De las subdelegaciones de Actopan, Tetepango, Cempoala, Apa-Tepeapulco, Ecatepec, Lerma y Xochimilco⁶³ no se tiene información. Sin embargo, al estar cercanas a jurisdicciones contagiadas, así como por la magnitud que la epidemia tomó, lo más probable es que también la hayan sufrido.

Con la intención de dar una idea de los estragos que causaron las fiebres misteriosas, en seguida se cita el número de muertes de la población civil que se registró en los informes al intendente de México, pero sólo de nueve subdelegaciones ya que sólo en ellos se encontró dicha información. La epidemia llegó a Tula a principios de mayo y, para octubre, había matado a 2 182 personas y enfermado a tres cuartas partes de la población.⁶⁴ En el mismo mes se extendió a los pueblos de Tulancingo y llegó a la cabecera a principios de junio. Para octubre, en esta subdelegación habían muerto 3 000 personas y enfermado otras 15 000.⁶⁵ También a finales de mayo Tacuba se vio afectada por las fiebres, mismas que cobraron la vida de 9 479 habitantes en los pueblos de Tacuba, Tlalnepantla, Tultitlán, Azcapotzalco, Huixquilucan, Naucalpan, Monte Alto y

⁶³ Commons, *Las Intendencias*, pp.27-28.

⁶⁴ “De Mariano López Priego a Gutiérrez del Mazo, 2 de octubre de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.365, f.11.

⁶⁵ “De José Sandoval a Gutiérrez del Mazo, 13 de octubre de 1813” en AGN, *Operaciones de guerra*, t.365, f.62.

Monte Bajo. Sólo en el mes de junio habían enfermado 8 000 personas y, al parecer, morían ente 18 y 20 personas cada día.⁶⁶

A la subdelegación de Ixmiquilpan, la epidemia llegó en junio. En tres meses murieron más de 588 personas y enfermaron más de mil sólo en los pueblos de Chilcuautla, El Cardonal, Chichicaxtla, Ixmiquilpan y La Pechuga. En toda la jurisdicción morían de 50 a 60 personas diariamente, por lo que entre junio y agosto la enfermedad se llevó a más de 5 000 de sus habitantes.⁶⁷ Igualmente en junio la epidemia llegó a las subdelegaciones de Toluca, Mexicalsingo, Huichapan y Pachuca, cundiendo por la mayoría de sus pueblos con gran fuerza entre junio y septiembre. En Toluca fallecieron 4 965 personas,⁶⁸ y en Mexicalsingo enfermaron 3 797 y murieron 2 281.⁶⁹ En Huichapan se registraron 1 500 muertes en agosto y otras 3 000 en octubre,⁷⁰ y en el informe de Pachuca se anotaron 5 000 muertos y 4 400 aliviados.⁷¹

Las fiebres misteriosas llegaron a Zumpango de la Laguna a mediados del mes de julio causando los mayores estragos en septiembre. Se enfermaron tres cuartas partes de la población y murieron 3 319 personas. En esta subdelegación, la epidemia se extinguió casi del todo para fin de año, aunque todavía había enfermos en enero y febrero de 1814.⁷²

Con la información arriba mencionada, misma que abajo se sintetiza en el cuadro 1.1, se puede concluir de manera tentativa que las fiebres misteriosas cobraron la vida

⁶⁶ “De Ezequiel de Lizarra a Gutiérrez del Mazo, 18 de septiembre de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t. 362, ff.252-256.

⁶⁷ “De José Domingo Rangel a Gutiérrez del Mazo, septiembre y octubre de 1813”, AGN, *Operaciones de guerra*, t.365, ff.116-123.

⁶⁸ “De Fausto Marcial de Urrutia a Gutiérrez del Mazo, 25 de septiembre de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.362, ff.313-314.

⁶⁹ “De Ramón Mancera a Gutiérrez del Mazo, 26 de septiembre de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.362, f.325.

⁷⁰ “De José Teodoro González a Gutiérrez del Mazo, 10 de octubre de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.365, f.35.

⁷¹ “De José Romualdo Gutiérrez a Gutiérrez del Mazo, 2 de octubre de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.365, ff.8-9.

⁷² “De Juan Dufresne a Gutiérrez del Mazo, 21 de febrero de 1814”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.365, f.405-406.

de por lo menos 39 726 personas solamente en nueve subdelegaciones de la Intendencia de México entre mayo y diciembre de 1813, es decir, los meses de mayor virulencia de la epidemia.

Cuadro 1.1

Número de enfermos y muertos por la epidemia de fiebres misteriosas durante 1813 en nueve subdelegaciones de la Intendencia de México

Subdelegación	Enfermos	Muertos	Periodo
Tula	¾ partes	2 182	mayo-octubre
Tulancingo	15 000	3 000	mayo-octubre
Tacuba		9 479	mayo-octubre
Ixmiquilpan		5 000	junio-agosto
Toluca		4 965	junio-septiembre
Mexicalsingo	3 797	2 281	junio-septiembre
Huichapan		4 500	junio-octubre
Pachuca	9 400	5 000	junio-octubre
Zumpango de la Laguna	¾ partes	3 319	julio-diciembre
Total		39 726	mayo-diciembre

Fuente: elaboración propia a partir de AGN, Operaciones de guerra, t.362, ff. 252-256, 313-314 y 325; y t.365, ff. 8-9, 11, 35, 62, 116-123 y 405-406.

El cuadro 1.2 muestra, con base en el anterior, la morbilidad y mortalidad ocasionadas por las fiebres misteriosas en las nueve subdelegaciones citadas. Sin embargo, es importante aclarar que las cifras de población fueron tomadas de un trabajo realizado en 1794, es decir, casi veinte años antes a la epidemia. Por ende, dicho cuadro solamente pretende dar una idea aproximada del impacto mórbido y mortal que la enfermedad tuvo sobre aquellas poblaciones.

Cuadro 1.2

Número de habitantes, porcentaje de morbilidad y mortalidad por la epidemia de fiebres misteriosas durante 1813 en nueve subdelegaciones de la Intendencia de México

Subdelegación	Población	Morbilidad	Mortalidad
Tula	10 790 habs.	75%	20.22%
Tulancingo	38 153 habs.	39.31%	7.86%

Tacuba	32 410 hab.		29.24%
Ixmiquilpan	17 007 hab.		29.39%
Toluca	15 761 hab.		31.50%
Mexicalcingo	6 550 hab.	57.96%	34.82%
Huichapan	46 652 hab.		9.64%
Pachuca	15 554 hab.	60.43%	32.14%
Zumpango de la Laguna	8 248 hab.	75%	40.13%

Fuente: elaboración propia a partir de “Noticia geográfica del Reino de Nueva España y estado de su población, agricultura, artes y comercio”, escrito por Carlos de Urrutia en 1794 y publicado por Florescano y Malvido, *Descripciones económicas generales de Nueva España*, pp.68-127.

Las autoridades locales reconocieron en sus informes que los terribles efectos de las fiebres eran consecuencia de la pobreza y miseria de los novohispanos rurales. En San Agustín de las Cuevas lo manifestaron así: “Los infelices habitantes de estos pueblos están falleciendo en número considerable, no tanto por la fatalidad de la enfermedad, cuanto porque se hayan reducidos a la mayor indigencia no pueden alcanzar para hacer un pobre puchero”.⁷³

Es decir, el bajo nivel de vida fue un factor determinante en la morbilidad y mortalidad causadas por la epidemia.⁷⁴ Y en los documentos así se constata, pues una gran mayoría anotó lo siguiente: “la enfermedad está haciendo los mayores estragos por la pobreza y miseria de los indios que carecen de medicinas, alimentos y quien los asista”. Además de esta pobreza, si las autoridades locales y los médicos estuvieron de acuerdo en que aquellas fiebres eran más graves en los pequeños poblados y villas,⁷⁵ fue por la movilización y dispersión tanto de insurgentes y realistas como de la población civil en el ámbito rural.

⁷³ “De Quintana a Gutiérrez del Mazo, 16 de julio de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.364, f.53.

⁷⁴ Márquez Morfín, *La desigualdad*, p.153.

⁷⁵ Cooper, *Las epidemias*, p.216.

Como era poco el dinero y muchas las víctimas de la epidemia, era imposible dar a éstas un auxilio efectivo. Entonces, Calleja “comisionó a los regidores para que se encargaran de suministrar los medicamentos y demás socorros a los que carecían de ellos, que eran la mayor parte de la población”.⁷⁶ Pero los funcionarios locales no tenían recursos suficientes y solicitaron al gobierno alimentos, ropa, medicinas, médicos de campo y, en ocasiones, hasta antídotos. Ante la falta de vigilancia y coordinación virreinales adecuadas, procedieron en general “como Dios les daba a entender” y actuaron como creyeron conveniente.⁷⁷ En algunos pueblos se instalaron lazaretos y comedores públicos, muy pobres, para dar algún auxilio a los contagiados, pero sólo en las ciudades de México y Puebla se formaron juntas de caridad para asistir a los enfermos que tuvieron buenos resultados.⁷⁸

Calleja pidió a las diversas autoridades que exhortaran a los vecinos adinerados a ayudar a los enfermos: “espero se dedicará usted eficazmente a proporcionarles cuantos auxilios estén en su arbitrio excitando el celo y caridad de las personas pudientes para que los socorran del modo que lo permitan sus facultades.”⁷⁹ Así, en Coyoacán se lograron reunir poco más de trescientos pesos para establecer una casa-hospital.⁸⁰ No obstante, durante las fiebres misteriosas la caridad disminuyó a razón de las dificultades económicas que vivía Nueva España y a causa – desde luego– de los conflictos políticos y bélicos que generaban gran incertidumbre. Al respecto, Alamán narró lo sucedido en la ciudad de México:

Hiciéronse públicas rogaciones y procesiones, y se abrió una suscripción para recoger fondos con que proveer a los gastos que exigía el cuidado de los enfermos. Vióse entonces cuánto influyen las guerras intestinas aun sobre la

⁷⁶ Hernández, “El sitio de Cuautla”, p.557.

⁷⁷ Cooper, *Las epidemias*, pp.232-233.

⁷⁸ “De José de Limonta a Calleja, 29 de julio de 1813”, en AGN, *Reales cédulas originales*, v.209, exp.66, f.85.

⁷⁹ “De Calleja a Ezequiel Lizarra, 23 de junio de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.506, f.130.

⁸⁰ “Del Ayuntamiento de Coyoacán a Calleja, 13 de junio de 1813”, en AGN, *Epidemias*, t.9, ff.96-103.

caridad cristiana: cuando en otras epidemias anteriores las limosnas habían sido copiosísimas, en esta vez sólo se colectaron trece mil pesos. Incluyendo en esta suma cuatro mil que dio el cabildo eclesiástico, otra igual cantidad el consulado y algunas menores los conventos y cofradías; de suerte que fueron muy pocos los particulares que subscribieron, casi todos españoles y por cortas cantidades, en términos que el ayuntamiento manifestó al virrey que temía verse en la necesidad de suspender por falta de fondos, los socorros que estaba ministrando.⁸¹

Tampoco los recursos públicos eran suficientes en modo alguno y, con los que se habría podido contar para enfrentar los gastos de la epidemia, se dirigieron a combatir a los insurrectos y a atender la salud de las tropas realistas. Así lo manifestó Calleja: “con las no menos referentes y gravísimas atenciones que me cercan, siendo la principal el mantenimiento de las tropas sin cuyo auxilio sería inevitable la perdición del reino”.⁸² Además, propuso que se buscaran otros métodos “para conseguir arbitrios sin gravar el erario ni los fondos públicos”.⁸³ La lucha contra los insurgentes distrajo los fondos públicos y privados que se acostumbraban dispensar en casos de epidemia para el establecimiento de juntas de caridad, el suministro de alimentos y medicinas y el auxilio de médicos.

Pese a aquella terrible situación, no se abandonó a los habitantes de los pueblos. En la medida de lo posible y hasta que el erario se agotó, la autoridad virreinal trató de referir algunos recursos a las comunidades rurales que así lo pidieron. Durante 1813 fueron muchas las solicitudes al virrey por parte de las autoridades locales para hacer uso de los fondos de sus cajas de comunidad, alegando la “legítima distribución y uso

⁸¹ Alamán, *Historia*, p.413.

⁸² “De Calleja al Ayuntamiento de México, 20 de junio de 1813”, en AGN, *Epidemias*, t.8, exp.7, f.56.

⁸³ “De Calleja al Ayuntamiento de México, 10 de julio de 1813”, en AGN, *Epidemias*, t.8, f.63.

de estos fondos en caso de urgencia.”⁸⁴ En junio de 1813, el pueblo de San Agustín de las Cuevas los pidió de la siguiente manera:

En vista de lo prevenido por la Constitución Política de la Monarquía Española en el título quinto, capítulo primero, artículo 321 cree de su obligación este Ayuntamiento Constitucional de San Agustín de las Cuevas, deber incurrir a Vuestra Superioridad como lo ejecuta, suplicándole haga se pasen a dicho ayuntamiento los caudales de cajas de comunidad pertenecientes a dicho pueblo (que han estado hasta aquí a cargo del corregidor de Coyoacán) para subvenir a las necesidades que ha ocasionado en él la epidemia que le aflige.⁸⁵

En julio, este ayuntamiento solicitó una vez más sus caudales comunales con el fin de “precaer de modo posible el exterminio total de este vecindario”.⁸⁶ Durante los meses de mayo a agosto aumentaron las solicitudes para utilizar los fondos de comunidad.⁸⁷ Estas solicitudes, así como las constantes peticiones de ayuda y de moratoria o exención de impuestos revelan que los habitantes de los pueblos no contaban con medios para atender a sus enfermos. Este tipo de peticiones fueron frecuentes, particularmente las moratorias, sobre todo en tiempos de escasez y crisis.⁸⁸ Ya fuera mediante el dinero de las cajas comunales, del envío de facultativos o de la caridad de las “personas pudientes” era urgente obtener recursos.

Calleja era quien personalmente otorgaba o no el permiso para tomar los fondos de aquellas cajas, entonces comunicaba su decisión a los ministros de la Tesorería General para su cumplimiento. En caso de no existir fondos, esta instancia lo hacía saber al virrey. En mayo, el cura de la parroquia de Santa Ana del pueblo La Magdalena solicitó los fondos comunales. En respuesta, Calleja autorizó tomar “lo que se calcule

⁸⁴ AGN, *Epidemias*, t.8, ff. 5-6.

⁸⁵ “Del Ayuntamiento de San Agustín de las Cuevas a Calleja, 18 de junio 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.364, f.37.

⁸⁶ “De José Miranda a Gutiérrez del Mazo, 16 de julio de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.364, ff.52-53.

⁸⁷ Márquez Morfín, *La desigualdad*, p.229.

⁸⁸ Molina del Villar, “Tributos y calamidades”, p.15.

necesario para la curación de los enfermos,” pero indicó que se hiciera la entrega del dinero al párroco.⁸⁹ Tacubaya envió su solicitud en junio alegando que “siempre se ha acudido en semejantes casos con parte del producto de cajas de comunidad,” y se le concedió su petición.⁹⁰ Igualmente se accedió a la solicitud de Huehuetoca hecha en julio.⁹¹ En ese mismo mes, Iztacalco y Mexicalsingo pidieron 300 pesos para socorrer a las graves necesidades de la epidemia.⁹² De los pueblos de Mixquic, Tulyehualco, Ayotzingo, Cuautitlán e Iztapalapa también llegaron quejas por la falta de recursos para hacer frente a las fiebres y peticiones de su dinero comunal. Muchas de estas solicitudes fueron hechas por los ayuntamientos respectivos pues una de sus principales obligaciones, de acuerdo con la Constitución de Cádiz, era la salud de la población.⁹³

Cuando Calleja permitió hacer uso de los fondos comunales, no asignó el total del dinero que indicaban las cuentas, seguramente porque ese dinero no estaba “materialmente” o para no mermar al erario en su lucha contra la insurgencia. Ejemplo de esto fue el caso de Coyoacán que en junio pidió sus caudales comunales para asistir a los enfermos y para pagar “las deudas contraídas con la botica y el médico.” La Tesorería General informó al virrey que las cajas de dicho pueblo tenían más de dos mil quinientos pesos y, por ello, en julio aprobó su petición, pero sólo le asignó 500 pesos.⁹⁴ La situación de Mixquic fue similar, pues de 6 000 pesos que anotaban sus cuentas sólo se le otorgaron 1 000. En julio, su ayuntamiento respondió que aquella cantidad no sería suficiente “porque siendo muchas las atenciones que demanda su inversión respecto a la

⁸⁹ “Párroco de Santa Ana a Calleja, 30 de mayo de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.367, f.6.

⁹⁰ “De Juan Manuel Ramírez a Calleja, 5 de junio de 1813”, en AGN, *Epidemias*, t.8, ff. 25-26.

⁹¹ AGN, *Epidemias*, t.8, ff.21-22.

⁹² Márquez Morfín, *La desigualdad*, p.229.

⁹³ Tucker, *Las otras guerras*, p.30.

⁹⁴ “Ayuntamiento de Coyoacán a Calleja, 13 de junio de 1813”, en AGN, *Epidemias*, t.9, ff.96-103.

miseria a que están reducidos estos vecinos, que carecen de todos los utensilios, médico, y botica para su curación, apenas habrá para las primeras provisiones.”⁹⁵

Parece ser que, por lo regular, el virrey asignaba entre 500 y 1 000 pesos por solicitud. Asimismo, daba orden de que el dinero fuera entregado a la autoridad política o eclesiástica local “para su prudente distribución” y prevenía que se llevara “cuenta exacta y documentada de todos los gastos”, pero –por lo visto– dichas cantidades no cubrían los gastos generados por la epidemia. Además, la respuesta virreinal frente a tan apremiante situación tardó por lo regular un mes. Hay que señalar que el hecho de que se permitiera tomar el dinero comunal no quiere decir que llegara a las comunidades, es probable que no fuera así, menos aún en aquellos momentos tan turbulentos. También cabe agregar que el haber contado con más recursos económicos no hubiera contrarrestado, en estricto sentido médico, los efectos de la epidemia, pero los enfermos y su dolor hubieran sido atendidos y paliados de mejor manera: un atole caliente, comida suficiente, una buena manta y palabras de consuelo hubieran aliviado algo el difícil trance que significa una enfermedad.

Si algún pueblo no contaba con fondos en sus cajas, el virrey decidía suplir, en calidad de reintegro, la cantidad necesaria del dinero que sí tenían en sus cajas otros pueblos de la misma jurisdicción, tal fue el caso de Tlalmanalco.⁹⁶ Asimismo, autorizó “en nombre del bienestar público y sólo a causa de la crisis financiera” la confiscación, por parte del Ayuntamiento de la ciudad de México, de los fondos de las parcialidades de San Juan y Santiago Tlatelolco.⁹⁷ Es claro que Calleja tuvo la intención de aliviar en lo posible las necesidades de los pueblos enfermos y que por ello accedió a sus solicitudes para tomar los fondos comunales y repartió el dinero de las arcas de una

⁹⁵ “Ayuntamiento de Mixquic a Calleja, 17 de julio de 1813”, en AGN, *Ayuntamientos*, v.238, ff.124-125.

⁹⁶ “Ayuntamiento de Tlalmanalco a Calleja, 23 de junio de 1813”, en AGN, *Epidemias*, t.9, ff. 242-248.

⁹⁷ Cooper, *Las epidemias*, pp.204-205.

misma jurisdicción. Por otro lado, también es evidente que su preocupación por la ciudad de México –bastión realista– estuvo por encima de la que sintió por el resto de las comunidades, quizá para que la falta de atención a la epidemia no fuera motivo de rebeldía en la capital. El virrey no se desentendió de las necesidades de los pobladores novohispanos ante las fiebres, a pesar de que su prioridad era acabar con los insurrectos. Limitado por el erario, el virrey y general Calleja, estuvo entonces dividido entre dos de sus obligaciones fundamentales: la salud pública y la salvaguarda del reino.

Al inicio del movimiento insurgente, la autoridad virreinal abolió algunos tributos de indios y castas con la intención de frenar su ingreso a la rebelión.⁹⁸ Durante las fiebres de 1813, Calleja exoneró –también a solicitud de los pueblos– algunos tributos y ciertos impuestos como el relativo al cobro del 10% sobre el arrendamiento de casas⁹⁹ establecido en 1812, probablemente para obtener fondos contra los insurrectos. En casos de calamidad pública se concedían esperas en el pago de los tributos, “pero sin proceder a rebajas, o total relevación de ellos”.¹⁰⁰ Con todo, es seguro que para muchos pueblos haya sido imposible hacer aquellos pagos a causa del caos bélico y de la gran morbilidad y mortandad que se vivía.¹⁰¹ Todavía al año siguiente de la epidemia, continuaron las peticiones de los fondos de las cajas comunales para pagar impuestos y los costos que habían dejado a su paso las fiebres.¹⁰²

Después de varios meses de gastos para hacer frente a la epidemia, las quejas por la escasez de dinero se incrementaron. Incluso en la ciudad de México, la falta de fondos públicos y particulares limitó fuertemente las acciones contra la enfermedad

⁹⁸ Ortiz, “Insurgencia”, p.103.

⁹⁹ “Del Ayuntamiento de Coatepec-Chalco a Calleja, 4 de diciembre de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.364, f.21.

¹⁰⁰ “Del Ayuntamiento de Chimalhuacan a Calleja, 11 de agosto de 1813”, en AGN, *Tributos*, v.34, exp.15, ff.305-322.

¹⁰¹ “De Juan Dufresne a Gutiérrez del Mazo, 29 de marzo de 1814”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.368, ff.372-375.

¹⁰² “De Gutiérrez del Mazo a Calleja, 5 de marzo de 1814”, en AGN, *Epidemias*, t.8, exp.9, ff.113-114.

como la provisión de alimentos, ropa y medicinas.¹⁰³ El Ayuntamiento de dicha ciudad pidió al virrey que le otorgara 30 000 pesos del extinguido tribunal de la Inquisición declarando que:

Nos hallamos en los mayores conflictos por lo respectivo al fondo de socorros, hemos agotado todos nuestros recursos, pedido préstamos sobre los fondos de la ciudad a sujetos pudientes y caritativos, y pasado a otros innumerables oficios para limosnas. Se ha consumido todo lo colectado, ni hay ya quien preste ni quien dé. La peste continúa, y nos vemos hoy en el estrecho de suspender los auxilios.¹⁰⁴

Se le concedió tomar algún dinero de la extinta institución, pero el Ayuntamiento capitalino señaló que no alcanzaría para mantener los socorros y apoyos a la población y a los soldados que “tan importante servicio ofrecen”.¹⁰⁵

En agosto, la Tesorería General informó al virrey que el pago de las tropas y las “urgencias del gobierno” habían consumido el erario.¹⁰⁶ Entonces, el gobierno comenzó a negar a los pueblos los permisos para tomar su dinero comunal, incluso derogó algunos de ellos. A Tulyehualco, por ejemplo, le otorgó 700 pesos de sus cajas de comunidad para luego suspender la orden.

La voluntad de la autoridad virreinal para atender las necesidades de los contagiados en las comunidades rurales, ya fuera por mero interés político, por evitar su entrada a la insurgencia o consciente de su responsabilidad con la salud de la población, al parecer, terminó en diciembre de 1813. Cuando el erario se agotó y había pasado lo más álgido de las fiebres en el centro de Nueva España, Calleja dictó un decreto sobre la ayuda que aquellas comunidades debían dar al ejército. A todos los vecinos, sin

¹⁰³ Cooper, *Las epidemias*, p.201.

¹⁰⁴ “Del Conde de Medina a Calleja, 16 de junio de 1813”, en AGN, *Epidemias*, t.8, ff.50-51.

¹⁰⁵ “Del Conde de Medina a Calleja, 23 de junio de 1813”, en AGN, *Epidemias*, t.8, ff.36-39.

¹⁰⁶ “Luis Montaña a Calleja, 9 de agosto de 1813#”, en AGN, *Epidemias*, t.9, ff.309-310 y 312-314.

distinción alguna, los obligó a contribuir con las necesidades del gobierno.¹⁰⁷ Recién enterrados los muertos de las fiebres, el virrey impuso –una vez más– sobre los maltrechos y agotados vivos el costo de la guerra.

Junto a las miles de vidas que se llevaron las fiebres, se destruyeron múltiples recursos. La enfermedad y la muerte retiraron a muchos de sus labores y en numerosos pueblos los campos de cultivo se abandonaron y las siembras y cosechas se perdieron. En el pueblo de Tlalnepantla así sucedió:

La cosecha de trigo está aún pendiente en la mayor parte sin poderse cortar por falta de brazos inutilizados por la epidemia de fiebres que aflige a toda la jurisdicción de modo que pagando los cosecheros jornales exorbitantes como no encuentran gente porque no la hay, y han tenido que valerse de mujeres. Esto causa notable perjuicio porque empieza a nacer el trigo que está en pie con el exceso de las aguas. Por la misma causa sufrirán atraso las milpas de maíz que se hayan en buen estado, pero necesitando de labores que no pueden dárseles por la repetida falta de gente.¹⁰⁸

Esta falta de jornaleros no se debió exclusivamente a la morbilidad y mortandad ocasionadas por las fiebres, sino también a la ausencia de hombres que habían partido a la guerra, generalmente con la leva.¹⁰⁹

La epidemia también originó una importante baja en la distribución de los productos agrícolas. El virrey publicó, en noviembre de 1813, un bando que prohibía a los vendedores de alimentos de la ciudad de México abusar y enriquecerse a costa de los pobres. Además de la enfermedad y de los enfrentamientos militares, la población novohispana sufrió la escasez y el hambre ocasionadas por la destrucción de siembras y cosechas, tanto el año de las fiebres como los años posteriores a las mismas.

¹⁰⁷ “Decreto de Calleja, México, 28 de diciembre de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.365, f.27.

¹⁰⁸ “De Ezequiel de Lizarra a Gutiérrez del Mazo, 3 de julio de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.364, f.5.

¹⁰⁹ Maldonado, *Ciudad de México*, p.28.

No sólo faltaba fuerza de trabajo para las labores agrícolas y para la distribución de productos. El subdelegado de Coatepec-Chalco informó que la falta de gente impedía reparar los caminos y puentes dañados por los enfrentamientos militares. Agregó que lo único con que se podía “terciar en ese momento” era con leña y carbón, pero que “aun este arbitrio está en el día en la mayor decadencia por el excesivo número de gente que ha muerto, y está muriendo, y por esta razón perdiéndose las labores, por no haber quien las trabaje”.¹¹⁰ Esta falta de gente para recolectar madera y leña ocasionó el desabasto de carbón, indispensable para el funcionamiento de fogones y braseros. El Hospital de San Andrés se quejó de ello: “sin el [carbón] no será posible mantener debidamente a los pobres enfermos del hospital, entre quienes son tan dignos de preferencia los militares, de quienes pende la defensa del reino”.¹¹¹

Es importante agregar que las fiebres no sólo tuvieron implicaciones sociales y económicas, sino también políticas. La epidemia interfirió en las elecciones de los ayuntamientos, marcadas por la Constitución de Cádiz, en muchos de los pueblos donde debían llevarse a cabo, ya que pocos eran los vecinos que no habían muerto o enfermado. Así lo declararon en Mexicalcingo:

En tan críticas circunstancias y deplorable situación no me ha sido posible a pesar de mi deseo proceder a la elección de ayuntamiento como se previene en la Constitución Política de la Monarquía Española, y estoy entendiendo que no podrá reducirse a efecto la soberana disposición de las Cortes entre tanto no cese la epidemia que tanto está destruyendo los pueblos y se vea el número de familias que queda en cada uno de ellos.¹¹²

¹¹⁰ “De Manuel Neyra a Gutiérrez del Mazo, 14 de julio de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.364, f.63.

¹¹¹ “A Gutiérrez del Mazo, 11 de noviembre de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.367, ff.66-67.

¹¹² “De Ramón Mancera a Gutiérrez del Mazo, 14 de agosto de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.364, ff.87-88.

De la misma manera que la guerra desvió considerables recursos del erario y de las comunidades rurales que podrían haberse destinado a encarar la epidemia, ésta lo hizo para enfrentar los gastos que conllevaban los conflictos bélicos. El mantenimiento de las tropas realistas –regulares y milicianas– era responsabilidad de los pueblos, pero las fiebres ocasionaron que el dinero destinado al establecimiento y sostenimiento de aquellas fuerzas no fuera suficiente, pues los gastos de la enfermedad absorbían parte importante de esos fondos. El comandante de patriotas de Pachuca declaró que:

No alcanza el cálculo que hicieron de dos mil seiscientos pesos mensuales para mantener la fuerza de 100 hombres de caballería y 100 de infantería con sus respectivos oficiales, pues sólo las pagas exceden los 3,400 pesos [...] y tengo por muy difícil el que por ahora puedan establecerse otros arbitrios capaces de completar ni aun lo necesario para las pagas, porque la epidemia ha quitado muchos brazos y por consiguiente destruido los recursos.¹¹³

Asimismo, las muertes ocasionadas por las fiebres representaron para el gobierno una baja importante en el número de tributarios y una notable disminución en sus tropas, ya fuese por enfermedad o por muerte. Varios son los documentos que anotan la falta de soldados, sobre todo en las compañías de patriotas, y de la imposibilidad de conseguir jóvenes sanos para incorporarlos a las milicias. Tal fue la situación en Toluca: “haciendo ver las grandes dificultades del día, para recoger mozos útiles para esta división, fundado especialmente en la horrorosa peste, que aflige a toda la jurisdicción”.¹¹⁴ Seguramente, también los insurgentes se encontraban en malas condiciones y necesitados de recursos humanos y materiales.

¹¹³ “De Francisco de Paula a Calleja, 11 de septiembre de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.462, s. f.

¹¹⁴ “De Lorenzo de Angulo a Calleja, 30 de julio de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.40, ff.135-140.

Los comandantes de las milicias locales estaban conscientes de que no podrían resistir un ataque de los rebeldes, pues muchos miembros de sus compañías se encontraban enfermos. Así, muchas poblaciones rurales, además de estar gravemente afectadas por la epidemia, se encontraban indefensas ante los ataques e incursiones insurgentes. El subdelegado de Huichapan informó que le había sido imposible perseguir a las gavillas enemigas porque muchos pueblos de su jurisdicción “se hallaban insurrectos” y por la falta de gente y tropa ocasionada por la epidemia.¹¹⁵ Igualmente, el informe del capitán de la compañía de patriotas de Azcapotzalco anotó una situación similar: “No he podido salir a su alcance porque tengo enferma la mitad de la gente, de cuya notiedad [sic] deberán haber tenido noticia [los insurgentes] y se prevalieron de la ocasión para atacarme en este pueblo que hasta ahora no habían tenido atrevimiento de hacerlo.”¹¹⁶

Los pueblos de Teotihuacán y Toluca notificaron estar en iguales condiciones. Y varios pueblos cercanos a la capital, entre ellos Tacuba, Tlalnepantla y Naucalpan, informaron que se encontraban reducidos a la tercera parte de sus fuerzas por estar enfermos la mayoría de sus soldados.¹¹⁷

Por otro lado, la mencionada falta de carbón y de su abastecimiento a la ciudad de México, perjudicó la fabricación y compostura de armamento. El comandante del Departamento de Artillería de la capital y director de la Fábrica de Armas de Chispa se quejó de su escasez pues, a su entender, las labores terminarían por parar sin aquel combustible.¹¹⁸ También el trabajo en la Fábrica de Fusiles se vio afectado por la falta de carbón y de operarios, así como la producción de moneda. Entonces, se dieron

¹¹⁵ “De Manuel de la Hoz a Gutiérrez del Mazo, 8 de octubre de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.365, ff.33-34.

¹¹⁶ “De Miguel Suárez de la Serna a Calleja, 24 de junio de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.506, ff.134-137.

¹¹⁷ “De Ezequiel Lizarra a Calleja, 17 de julio de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.830, s. f.

¹¹⁸ “De Ramón Díaz de Ortega a Calleja, 20 de julio de 1813”, en AGN, *Operaciones de guerra*, t.659, s. f.

órdenes para escoltar el carbón hasta dichas fábricas y para recoger el ocote de los pueblos de Chalco y Tacuba.

Finalmente, el 24 de enero de 1814, el virrey Calleja informó a las autoridades metropolitanas que las “calenturas epidémicas” que habían sufrido las ciudades de México y Puebla y muchas otras regiones novohispanas se habían extinguido, pero que últimamente se extendían por las provincias de Valladolid, Zacatecas y Guanajuato.¹¹⁹

En 1813, la combinación de las fiebres misteriosas con la guerra entre insurgentes y realistas provocó un escenario nunca antes vivido por la población novohispana, particularmente por la de la Intendencia de México. Los conflictos bélicos magnificaron los efectos de la epidemia y ésta interfirió indiscutiblemente en el derrotero de los acontecimientos militares e incluso políticos. El ayuntamiento de Mixquic, en su petición de fondos comunales, refleja la angustiada situación que se vivía al tener que enfrentar a un mismo tiempo la enfermedad y la guerra:

No podemos desentendernos de un socorro que tanto urge, cuando vemos a nuestros semejantes sumergidos en tan lastimosas miserias, al paso que resentimos el dolor de no poderlo hacer cada uno de nuestros propios intereses, porque la falta de manos que nos auxilien a fomentarlos por sus enfermedades, y los continuos robos y saqueos que hemos experimentado desde el principio de la guerra, nos ha confundido a todos en las mismas calamidades.¹²⁰

Consideraciones finales

De manera recurrente la Nueva España sufría los embates de alguna epidemia. Estas desgracias fueron problemas de salud pública difíciles de manejar pues afectaban a la mayoría de la población y, por lo general, rebasaban las competencias de las instituciones médicas y eclesiásticas y de las autoridades virreinales. Además, la

¹¹⁹ “De Lardizábal a Calleja, 16 de junio de 1814”, en AGN, *Reales cédulas originales*, v.210, exp.138, f.1.

¹²⁰ “Ayuntamiento de Mixquic a Gutiérrez del Mazo, 13 de julio de 1813”, en AGN, *Ayuntamientos*, v.238, ff.120-121.

capacidad para hacerles frente estuvo en estrecha relación con los recursos económicos del momento.

Entre 1812 y 1813 la dislocación y movilidad sociales ocasionadas por la guerra propagaron una epidemia –justamente surgida en medio de una acción bélica– e intensificaron los daños de la misma. La enfermedad no generó más enfrentamientos armados ni fue parte de las quejas de los insurgentes, pero si la guerra, desconocida para la población novohispana, desarticuló la vida, las fiebres misteriosas terminaron por desquiciarla. Entonces, la competencia y los recursos del gobierno virreinal se vieron rebasados por tener que enfrentar al movimiento insurgente y, al mismo tiempo, atenuar los efectos de la enfermedad colectiva. Ya en el pasado reciente, la sociedad novohispana había sido capaz de encarar una epidemia con buenos resultados. Según Cooper, la emergencia de salud pública de 1797 fue eficazmente combatida debido a la estrecha colaboración que entonces se dio entre el virrey, las diversas autoridades y otros sectores de la sociedad, pero también –por supuesto– a que eran tiempos de paz.

A partir de 1810, la prioridad y urgencia de la autoridad virreinal fue detener a los insurrectos. Pero cuando pocos años después cundió la enfermedad –fiel compañera de la guerra– también fue urgente enfrentarla para preservar la salud de la población, pues “sin gente no hay reino”. Durante los meses en que la epidemia de 1813 tomó mayor fuerza y extensión, la defensa del virreinato no le impidió a Calleja prestar a los pueblos de la Intendencia de México que así lo solicitaron la atención y ayuda que pudo, que consideró justas o a las que se vio obligado. Entonces tuvo voluntad para referir algunos recursos para combatir los estragos de la epidemia y resolvió en la medida de lo posible y, al parecer, según el momento. El virrey hizo un esfuerzo por cubrir los gastos que demandaban ambas calamidades, ya que, con el erario público mermado, estar entre

la salud pública y la salvaguarda del reino le significó una grave disyuntiva que, entre otras cosas, terminó por agotar las arcas públicas.

Durante las fiebres misteriosas el dinero de las cajas de comunidad, así como el de la caridad y las autoridades, fue insuficiente a causa de la difícil e incierta situación económica, política y bélica que se vivía y que absorbía y desviaba muchos recursos. De este modo, los habitantes rurales, aparte del costo social y económico que les significaba la guerra, quedaron a merced de la enfermedad por faltar los medios con que tradicionalmente se les ayudaba. Si el dilema de la autoridad virreinal se encontró entre la salud del público y la defensa del reino, de igual modo el de los pueblos estuvo entre preservar sus vidas y atender a sus enfermos y protegerse de los apremios de la guerra y lidiar con las imposiciones realistas e insurgentes.

La exención o moratoria de impuestos y, especialmente, el envío a las comunidades rurales de su propio dinero dependió, en primer lugar, de una solicitud previa por parte de sus autoridades al gobierno virreinal y, al parecer, nunca por iniciativa de éste. Después, de la autorización del virrey que se subordinó al estado de los caudales públicos al momento de aquellas peticiones pues, cuando el erario se agotó, ya no se concedieron. Es posible que las lealtades locales al régimen hayan incidido en la concesión de aquel dinero que, cabe agregar, es poco probable que de hecho llegara a los pueblos. Así, el dinero de las comunidades que estaba en las arcas públicas sirvió para costear las necesidades militares del gobierno. A pesar de ello, durante los primeros y peores meses de la epidemia también se usó para auxiliar en algo a las poblaciones contagiadas.¹²¹

Por su parte y ante la terrible situación, los pueblos, además de pedir sus fondos comunales, dispensas tributarias y todo tipo de auxilios, huyeron de la enfermedad y de

¹²¹ Tanck, "Escuelas", p.401.

la guerra, rezaron por sus enfermos y muertos y por el pronto fin de la epidemia, seguramente también por el de la guerra, y se atendieron con sus propios curanderos y remedios.

Si las dificultades políticas y bélicas de la Nueva España incidieron en el problema de salud pública al propagarlo y desviar los medios con que se podría haber ayudado a sus pobladores, las fiebres misteriosas, de igual manera, afectaron el rumbo de la guerra pues también desviaron recursos materiales y humanos necesarios para la defensa del reino y de las comunidades rurales o, en su caso, para continuar y proveer a la causa insurgente. Ambas desgracias dieron por resultado una alta mortalidad y morbilidad, el abandono de campos de cultivo y de otras labores económicas, pero, sobre todo, la desesperanza y el dolor de los habitantes novohispanos quienes, durante los años posteriores a las fiebres, siguieron sufriendo sus efectos.

Después de largo tiempo de experimentar conjuntamente la guerra, la muerte y la enfermedad, así como todas las consecuencias dramáticas que dejaron en su momento y a mayor plazo, los novohispanos estaban agotados y desesperados. Entonces, cabe preguntarse hasta que punto ello tuvo que ver con la tendencia generalizada de los pueblos a indultarse y a formar milicias locales con el fin de garantizar su seguridad, así como con el debilitamiento y dispersión del movimiento insurgente a partir de 1814. Durante ese año y hasta diciembre de 1815, la situación de la insurgencia fue desfavorable pues perdió buena parte del territorio que antes controlaba y las divisiones a su interior aumentaron, especialmente a partir de la muerte de Morelos. Por su parte, las fuerzas realistas estuvieron mejor organizadas y obtuvieron muchas victorias frente a los rebeldes. Parece claro que el terrible desgaste humano y material que padeció la población novohispana durante 1813 es un elemento significativo para entender el

rumbo que, por lo menos a nivel rural, tomó la guerra de independencia después del paso de las fiebres misteriosas.

Fuentes de archivo

Archivo General de la Nación (México)

- Ayuntamientos
- Epidemias
- Infidencias
- Operaciones de guerra
- Reales cédulas originales
- Tributos

Bibliografía

Alamán, Lucas

Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año 1808 hasta la época presente, edición facsimilar, t.III, México, FCE-Instituto Cultural Helénico, 1985.

Bustamante, Miguel

“La situación epidemiológica de México en el siglo XIX” en Enrique Florescano y Esla Malvido (comp.) *Ensayos sobre la historia de las epidemias en México*, tomo II, México, IMSS, 1982, pp.425-476.

Commons, Áurea

Las Intendencias de la Nueva España, México, UNAM, 1993.

Cooper, Donald B.

Las epidemias en la ciudad de México, 1761-1813, México, IMSS, 1980.

Crosby, Alfred W.

El intercambio transoceánico. Consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1991.

Cuenya Mateos, Miguel Ángel

“Epidemias y salud en la Puebla de los Ángeles (1650-1833)” en Rosalva Loreto y Francisco J. Cervantes (coord.) *Limpiar y obedecer: la basura, el agua y la muerte en la Puebla de los Ángeles, 1650-1925*, México, UAP, 1994, pp.69-125.

De la Torre Villar, Ernesto

La independencia de México, México, FCE, 1994.

De Urrutia, Carlos

“Noticia geográfica del Reino de Nueva España y estado de su población, agricultura, artes y comercio” en Enrique Florescano e Isabel Gil (comps.) *Descripciones económicas generales de Nueva España, 1784-1817*, México, INAH, 1973, pp.68-127.

Florescano, Enrique

Precios del maíz y crisis agrícolas en México, 1708-1810, México, Era, 1986.

Gibson, Charles

Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810), México, Siglo XXI, 1986.

Hamnett, Brian R.

Revolución y contrarrevolución en México y el Perú. Liberalismo, realeza y separatismo, 1800-1824, México, FCE, 1978.

Raíces de la insurgencia en México. Historia regional, 1750-1824, México, FCE, 1990.

Hernández Torres, Alicia

“El sitio de Cuautla y las epidemias de 1813-1814” en Enrique Florescano y Elsa Malvido (comp.) *Ensayos sobre la historia de las epidemias en México*, tomo II, México, IMSS, 1982, pp.550-558.

Lugo Olín, María Concepción

“Enfermedad y muerte en la Nueva España” en Antonio Rubial García (coord.) *La ciudad barroca*, tomo II en Pilar Gonzalbo Aizpuru (dir.) *Historia de la vida cotidiana en México*, México, Colmex-FCE, 2005, pp.555-586.

Lugo Olín, María Concepción y Elsa Malvido

“Las epidemias en la ciudad de México, 1822-1850” en Regina Hernández Franyuti (comp.) *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*, tomo II, México, Instituto Mora, 1994, pp.303-364.

Maldonado López, Celia

Ciudad de México, 1880-1860: epidemias y población, México, INAH, 1995.

Malvido, Elsa

“Efectos de las epidemias y hambrunas en la población colonial de México (1519-1810) en Enrique Florescano y Elsa Malvido (comp.) *Ensayos sobre la historia de las epidemias en México*, tomo I, México, IMSS, 1982, pp.179-201.

Márquez Morfín, Lourdes

La desigualdad ante la muerte en la ciudad de México. El tifo y el cólera, México, Siglo XXI, 1994.

Molina del Villar, América

Por voluntad divina: escasez, epidemias y otras calamidades en la ciudad de México, 1700-1762, México, CIESAS, 1996.

“Tributos y calamidades en el centro de la Nueva España, 1727-1762. Los límites del impuesto justo” en *Historia Mexicana*, vol.LIV, núm.1 (julio-septiembre 2004), pp.15-57.

“Remedios contra la enfermedad y el hambre” en Pilar Gonzalbo Aizpuru (coord.) *El siglo XVIII: entre tradición y cambio*, tomo III en Pilar Gonzalbo Aizpuru (dir.) *Historia de la vida cotidiana en México*, México, Colmex-FCE, 2005, pp.179-212.

Ortiz Escamilla, Juan

“Insurgencia y seguridad pública en la ciudad de México, 1810-1815” en Regina Hernández Franyuti (comp.) *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*, tomo II, México, Instituto Mora, 1994, pp.95-124.

Guerra y gobierno. Los pueblos y la independencia de México, Sevilla, Universidad de Sevilla-Colmex-Instituto Mora, colección Nueva América, 1997.

Rodríguez Pérez, Martha Eugenia

“Acciones contra las epidemias” en Martha Eugenia Rodríguez Pérez y Xóchitl Martínez Barbosa (coord.) *Medicina novohispana-siglo XVIII*, tomo IV en Carlos Viesca Treviño (coord. general) *Historia general de la Medicina en México*, México, UNAM-Facultad de Medicina-Academia Nacional de Medicina, 2001, pp.351-356.

Rodríguez de Romo, Ana Cecilia

“Inoculación, economía y estética: tres dilemas en la lucha contra la viruela” en Martha Eugenia Rodríguez Pérez y Xóchitl Martínez Barbosa (coord.) *Medicina novohispana-siglo XVIII*, tomo IV en Carlos Viesca Treviño (coord. general) *Historia general de la Medicina en México*, México, UNAM-Facultad de Medicina-Academia Nacional de Medicina, 2001, pp. 357-364.

Rodríguez, Jaime E.

El proceso de la Independencia de México, México, Instituto Mora, 1992.

Tanck de Estrada, Dorothy

“Escuelas y cajas de comunidad en Yucatán al final de la colonia” en *Historia Mexicana*, vol. XLIII, núm.3 (enero-marzo 1994) pp. 401-449.

Tate Lanning, John

El Real Protomedicato. La reglamentación de la profesión médica en el Imperio español, México, Facultad de Medicina-Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM, 1997.

Tucker Thompson, Ángela

Las otras guerras de México (epidemias, enfermedades y salud pública en Guanajuato, México, 1810-1867), México, Ediciones La Rana, 1998.

Van Young, Eric

La crisis del orden colonial. Estructura agraria y rebeliones populares de la Nueva España, 1750-1821, México, Alianza Editorial, 1992.

Villoro, Juan

El proceso ideológico de la revolución de independencia, México, UNAM, 1977.